

Yo, Iván

John Señor



Yo, Irene
Iván

John Señor

Capítulo 1

Primer Capítulo

La cama (Parte I)

Imagínate despertar un día en una cama de una habitación a oscuras, la cual desconoces, encontrarte allí casi sin familia ni amigos, y que lo primero que te digan es, ¿Que tal te encuentras cariño?. No sabes donde estás, que día es, y mucho menos, que es lo que ha ocurrido.

Obviamente hasta llegar a este momento han pasado una serie de cosas que debo contaros, pero antes dejad que me presente.

Mi nombre es Iván, tengo 28 años y soy transexual.

No quiero alargar mi historia con sutilezas de como me ha sido el cambio hasta que me di cuenta que me sentía atrapado en el cuerpo de una mujer. En la época que vivimos no creo que haga falta explicar este relato que ya tanto hemos leído y escuchado de tantísimos otros y otras, afortunadamente.

Para situaros en mi historia os diré que soy de un barrio humilde de Madrid, he vivido desde que tengo uso de razón entre la casa de mi abuela materna, la cual me cuidaba, y los fines de semana, con mi padre y su mujer. Y si. Vengo de una familia desestructurada, metida de cabeza en la droga, en problemas marginales y en dónde los desapegos familiares estuvieron siempre a la orden del día. Pero nunca he perdido la fe en poder encontrar mi estabilidad fuera de este entorno desequilibrado. Al fin

y al cabo, mi mayor "problema" no estaba fuera de mi, sino dentro.

Ahora, lo que me gustaría contaros bien es como he llegado hasta esta cama de hospital, y porque, hoy, he empezado a ser un poco mas feliz. Y es que de la noche a la mañana, todo cambió. Seguramente mi historia no sea importante para nadie, pero podría ser la de cualquier amigo, hermano o hijo vuestro. Y os aseguro que nadie, absolutamente nadie de mi entorno, pensó que esto a mi me pasaría. Y mucho menos yo.

Vuelvo a cerrar los ojos. Les escucho decir que al menos ya estoy despierto. Que es una buena noticia. Pero otros dicen que debe ser solo por haber bajado el efecto del calmante.

Siento un gran vacío y cada vez es mas fuerte el dolor general de mi cuerpo. Se acercan enfermeras, escucho los sonidos de muchas máquinas y les piden a todos que se marchen de la habitación. Dónde antes había una gran oscuridad empiezo a ver solo una gran luz blanca y mi felicidad es la paz que empiezo a sentir cada vez mas intensamente.

Nunca he podido sentirme tan tranquilo como en este momento de mi vida. Nada que ver con todo lo pasado...

Capítulo 2

Segundo Capítulo

Vergüenza

15 años antes.

7 de la tarde. 28 de Junio de 2004. Mi mente me trae hasta aquí para recordar este lejano día pero siempre tan presente durante toda mi vida. Llegaba el verano, se habían acabado las clases y después de haber estado toda la tarde con mis amigos, tocaba subir a casa. Mi abuela me estaría esperando con la tarta preparada, las velas recicladas de todos los años, y con una borrachera de cojones. Me apetecía una mierda estar con ella y aguantarla cuando se ponía así. Y menos un día como hoy. No quería celebrar mis 13 años con ella.

De camino a casa como casi todos los días me encontré con Laura, y ahí estaba mas guapa que nunca. Pero ella ni se fijaba en mi, o por lo menos

no lo hacía de la manera que a mi me hubiera gustado.

Mientras mas me acercaba a ella mas me temblaba todo. Cuando estaba casi a su lado y pensaba saludarla, nos cruzábamos la mirada y seguidamente la bajábamos, y eso me rompía por dentro. Habíamos estado juntas en clase muchos años, nos llevábamos bien, pero el primer curso en el instituto ya había conseguido que nos separaran. Mis cambios físicos y el miedo a lo distinto de la gran mayoría estaban acabando con esa amistad, que obviamente, con el tiempo se acabó rompiendo por completo.

No puedo negar que me gustaba estar con ella, que incluso quería pasar tiempo a su lado mas de una vez por indagar mas sobre las chicas. No por atracción, que también, sino por entender mas aún que me estaba pasando. Pero estaba claro, que el camino hasta ese entendimiento iba a ser largo. Aunque nunca imaginé que tanto.

Llegué al portal de mi casa, y abriendo la puerta escuché gritos que venían de mi piso. Subí las escaleras hasta el tercero como si se me fuera la vida en ello. Al llegar ahí estaba mi padre, dando gritos a mi abuela, llamando borracha a la única mujer que se había dejado el alma en sacarme adelante después de que los que me engendraron me hubieran dejado tirado como una colilla.

Mi padre, Aitor, era uno de los mayores delincuentes del barrio, venia drogado a reclamar a mi abuela que me dejara pasar este día con él. La respuesta de mi abuela siempre era la misma:

-Después de todas las palizas que le has dado, ¿como pretendes llevártela contigo? - Le gritaba.

-¿Acaso eres su madre? ¡¡Nooo!! Y ella ¿donde está?, dile a la niña donde

está su madre. ¡Díselo!

-Aitor, como sigas voy a terminar llamando a la policía.

-¿Y te crees que le van a hacer caso a una borracha como tú?. Deberías dejar que ella pase su cumpleaños conmigo, y no aquí que mírate como estas. ¡DAS VERGÜENZA!

Llegar allí y encontrarme una de estas escenas, y a mi edad, para cualquier adolescente podría ser una de las cosas mas traumáticas de su vida. Y seguramente que lo haya sido. Pero no solo esa. Sino ,todas y cada unas de las peleas entre mi abuela, mi madre y mi padre que he tenido que ver y escuchar desde que tengo consciencia.

Mi padre y mi madre se conocieron cuando tenían ambos 16 años, fueron unos adolescentes que vivieron la droga dura, la fiesta y el descontrol. Mi abuelo trabajaba mucho y no podía atender debidamente a sus 5 hijos, por lo que mi abuela con mi madre, su tercera hija, como con el resto, lo dió todo por perdido, y la dejó viviendo su juventud de la peor de las maneras. Luego mi abuelo, se dejó matar por el cáncer. Y nos dejó con una mano delante, y otra detrás. O eso decía ella cada vez que se emborrachaba.

Hoy en día de mi madre solo sé que vive en la calle, mendigando cuatro duros por un chute, y que ha estado entre la vida y la muerte unas cuantas veces. De pequeño recuerdo haberla visto alguna vez por la manera en que mi abuela me intentaba proteger de esas escenas en las que mis padres se mataban a golpes.

Mi padre, delincuente, vendedor de droga, ha estado detenido unas cuantas veces por robos con violencia y amenazas, pero era una joya de padre. Y digo era, porque a pesar de que hasta los 10 años le daba dinero a mi abuela de sus negocios ilegales para atenderme, y siempre quería llevar a su princesa al parque, cuando con esa edad le dije que yo no quería ser Irene, sino Iván, empezó a coger por costumbre pegarme palizas.

Palizas las cuales pararon gracias a mi abuela. Ese ángel de la guarda que tengo desde que llegué a este mundo indeseadamente. Ella me recogió de casa de mi padre todos los fines de semana durante un año con moretones, quemaduras de cigarrillo, cintos marcados por mi piel. Y con la mirada rota, perdida, triste.

Y eso mi abuela no iba a permitirlo. Porque yo, Irene, la niña de pelo negro con los ojos achinados, piel blanca y una sonrisa encantadora, ya no existía. Y eso pasó mucho antes de que me diera cuenta de que el destino se equivocó en mi envoltorio. Yo cambié antes.

Cambié cuando perdí la sonrisa por las palizas de mi padre. Cambié cuando me arrancaban el pelo cada vez que una niña me pegaba en clase. Cambié cuando mis ojos se secaron de tanto llorar mientras casi nadie me consolaba, pues mis padres no estaban y mi abuela se emborrachaba para olvidar la vida de mierda que llevaba.

Por eso pienso que los verdaderos cambios son los que hacen desde dentro hacía afuera. Porque esos son de verdad. Porque esos cambios cuando ocurren a los ojos de los demás, hace mucho que se han realizado, y entonces, ya no hay vuelta atrás.

Y ese día fue el día que cambió todo en mí. Esa discusión en la puerta de mi casa, el día de mi 13 cumpleaños, solo hizo que tuviera cada vez mas claro quien era. Y es que ella dió la cara por mi, para que yo fuera quien yo quería ser.

Llegué a la puerta, entré en mi casa mientras mi padre solo insistía en que tenía que irme con él.

-Niña, que salgas, que nos vamos. No te voy a dejar con la borracha de tu abuela. - Gritaba casi empujándola a ella.

-Irene, llama a la policía – me pedía mi abuela ya desesperada.

Me dirigí a la cocina, agarré la tarta que mi abuela me había preparado y desde donde pude se la lancé a mi padre a la cabeza, empezando a gritarle como nunca lo había hecho, todas las palabras que me había estado callando durante tantos años. Su cara de rabia e impotencia mientras yo cometía ese acto de valentía no me hacían presagiar lo que luego ocurriría.

-Te vas a venir conmigo, quieras o no, niñata de mierda.

-No te voy a dejar que lo hagas, ¿me oyes? - gritaba mi abuela.

A esas alturas de la discusión, parte de los vecinos habían avisado ya a la policía. Algunos de ellos, amigos de la familia, conocían nuestra historia, estaban avisados de que algo así podía ocurrir. Mi abuela durante tantos años de problemática, siempre hizo lo que pudo para ayudarme. Aunque no siempre le saliera bien.

Sonaban sirenas de policía y mi padre, drogado hasta las trancas, y por los nervios de ser pillado, cometió el mayor error que nunca pudo cometer:

-Voy a pasar me dejes o no maldita borracha.- dijo empujándola.

Mientras veía que mi padre había conseguido pasar y se abalanzaba sobre mi para atraparme, mis ojos vieron caer a mi abuela sobre la figura de mármol que decoraba el recibidor de la casa. Escuché el golpe seco que me hizo bloquearme y temer lo peor. Cuando mi padre había llegado a mi altura y me empezaba a sacar de allí a la fuerza, yo solo podía verla a ella, inmóvil, con los ojos abiertos, en un charco de sangre y casi

implorando que esta vez fuera yo quien la ayudara a ella.

Mi padre, un hombre no muy alto pero corpulento, tiraba de mis 13 años como si yo tuviera la fuerza de sus amigos de gimnasio. Esa fuerza que me estaba dando el ver a la única persona que me había ayudado, tirada en el suelo. Debatiéndose entre la vida y la muerte, y por mi culpa.

A partir de ese instante, solo puedo recordar escenas muy cortas de ese momento. De como entre mis brazos mi abuela fallecía. Según me cuentan mis vecinos, la policía apareció en ese preciso momento, certificando como mi padre fue artífice de la muerte de mi abuela. Luego me separaron de ella, me llevaron con la policía y me hicieron hablar. De todo. De la vergüenza que sentí en ese momento de estar viva.

De como, a partir de ahí pasaba a ser hija de una toxicómana que dormía en la calle, y de un asesino que dormiría entre rejas.

Vinieron días de mucho dolor. De enterrar a mi abuela. De periodistas de todos lados que se hicieron eco de la noticia tan trágica. De decidir quien se hacía con mi tutela hasta tener los 18 años. De despedirme del barrio, de mis amigos, y de mi abuela.

Para mi vinieron los peores días de mi vida, o eso pensaba en ese momento.

Capítulo 3

Tercer Capítulo

Otra vez

En mi nuevo instituto, casi medio año después de que perdí a mi abuela, y ya apunto de acabar el curso, había empezado

mi nueva vida. Las nuevas vidas tienen fama de que existen para mejorar la anterior. De que al tener una nueva vida, consigues dejar atrás fantasmas del pasado, obstáculos, y proseguir siendo mas fuertes.

Pero mi nueva vida era un parche, con una nueva imagen, pero que no servía para nada mas que para que el resto de la humanidad siguiera su ritmo sin importa una jodida mierda como me encontraba yo. A mi, como

siempre, me tocaba esperar cuando llegaría lo bueno.

Que ahora llevara el pelo corto, usara chándal de chico, y me hubiera empezado a poner vendas en los pechos, no me ayudaba nada a labrarme una buena "reputación" en este nuevo centro.

La machorra, como me llamaban, tenía fama de comer coños, de drogarme cuando salía del instituto, e incluso de tener alguna enfermedad. Si hubiera tenido el pelo largo, la fama de piojosa no me la hubiera quitado nadie.

Mi tía Claudia, me recogía siempre al salir, pues al ser su marido Guardia civil, todos sabían que a la salida de clases nadie debía meterse conmigo.

Claudia era la hermana mayor de mi madre. Hija de distinto padre, desde muy jovencita decidió marcharse del barrio al centro de la ciudad a vivir con él, donde estudió muy seriamente, terminó siendo arquitecta y conoció a Julio, su marido. Pero nunca serían padres, por lo menos de la manera tradicional, pues Claudia, es estéril, seguramente de las tantas palizas que mi abuela le dió de pequeña cuando se emborrachaba, o de drogarla a base de tranquilizantes para que no la molestara con la resaca.

Quizás ese fuera el motivo de que cuando se enteró de que su madre había fallecido, pidiera ser mi tutora hasta que yo tuviera los 18 años. Ella era consciente de que yo estaba solo, y obviamente, era la única de mi familia que me podía ayudar, pues el resto de mis tíos, seguían los pasos de mi madre. Yo me alegré y me adapté rápido a vivir con ella, pues a parte de haberla tenido como parte de mi familia hasta pequeñito, sabía que podría tener con ella una vida bastante distinta a la que había tenido hasta ahora.

De pequeña ella siempre me apoyaba en todo. Recuerdo que cuando empezó a gustarme jugar al fútbol, ella fué la que obligó a mi abuela a apuntarme al único equipo del barrio que aceptaban niñas. Y hasta me

decía que el pelo corto me quedaría muy bien.

Sabía que con ella, empezar mi cambio iba a ser bastante mas fácil que lo que había sido hasta ahora. Y así fué.

Con la muerte de mi abuela, el cambio de centro escolar, y lo ocurrido aquel fatídico día de cumpleaños, los servicios sociales recomendaron a mi tía que yo acudiera a terapia. Yo ya había comentado que yo no me sentía una chica, y les dió por pensar que eso podría ser un efecto colateral de tantos años de peleas y problemas familiares. Pero mi tía sabía que no e hizo lo posible para ayudarme.

De manera que, por las mañanas estudiaba, y por las tardes me veía con Sharon. Mi tía había pagado a una de las mejores psicólogas especialistas en traumas infantiles para intentar hacerme ver la realidad de mi vida. Y la realidad es que Sharon lo vió claro desde la primera sesión.

Yo era un chico atrapado en el cuerpo de una chica. Transexual, y además, con claros síntomas de haber sufrido bullying por mi condición sexual. Necesitaba ayuda, y mucha.

Mi tía Claudia, entregada en cuerpo y alma a su trabajo, me dejaba hacer y deshacer a mi antojo. Mi vida empezaba a cambiar radicalmente. Tuve mi primer teléfono móvil. Una habitación para mi solo. Incluso empecé a hacer amigos en el instituto. Eramos los raros, pero eran mis raros. Gente con la que empecé a sentirme comprendida.

Las tardes de terapia con Sharon cada vez me ayudaban mas, hasta que de repente, volvió. El fantasma del pasado tocaba a mi puerta. A mi tía Claudia le sonó el teléfono un domingo por la mañana.

-¿En que hospital dice que se encuentra? - Le escuché decir desde mi

habitación.

-Vale, pues si me dice que es grave, intentaremos ir lo antes posible.
Gracias.

No habían pasado ni 5 meses desde que falleció mi abuela, y ahora llamaban para avisar de que a mi madre la habían recogido de la calle con una sobredosis. Una vez más, había jugado con su vida inconscientemente.

Mientras me preparaba para ir al hospital a ver que nos decían, no hacía sino en pensar que ponerme. Si mi madre aún tenía recuerdos de haber tenido una hija, lo menos que esperaba encontrarse al ir a visitarla, es ver a una chica que ahora tenía el pelo corto, que no se maquillaba y que no se le notaba el pecho. Además, muy a mi pesar, cada día me parecía más a mi padre. Así que solo por esa cuestión me agobiaba mucho poder ver a mi madre y que no se sintiera bien por verme cambiado. Pero no ocurrió.

Salí de casa, otra vez sin sonrisa, otra vez sin ojos que brillaban, y otra vez sintiendo que ese cuerpo volvía a no ser mío. De camino al hospital, volvió a sonar el teléfono de mi tía. Mi madre había muerto.

Ya no podría demostrarle a alguien de mi pasado que las personas podemos cambiar. Ya no podría demostrarle a una persona que una vez me quiso, que de todo se puede salir. Que somos más fuertes que nuestros pensamientos, y que si te dejas ayudar puedes conseguir algo.

Supongo que otros en mi lugar, pensarían, que si mi madre me abandonó de esa manera que sentimiento bueno podría tener yo hacia ella. Pero es que si algo bueno hizo mi abuela durante 13 años, fue reconocer que quién no hizo las cosas bien con mi madre fue ella. Que quién permitió que mi madre fuera una toxicómana fue ella y que, de no haber sido así,

seguramente mi madre me hubiera cuidado como al niño que siempre quise ser, pues de pequeña mi madre siempre decía que quería tener muchos hijos y darles amor.

Para mi, demostrarle a mi madre que todos podemos cambiar y mejorar era darle el mensaje que jamás consiguió llegar a darle mi abuela. Ese que nunca dejaron darle. Ese que nunca quiso escuchar.

Y ahora yo tampoco podría decírselo.

El proceso de despedirme de mi madre, que hacía años que no la veía, fue menos duro de lo esperado. Haberlo hecho casi medio año antes con la persona que mas quería en la vida, me ayudó a sobrellevarlo.

No fue así con mi tía Claudia. Ella pasó mucho tiempo desconectada de todos nosotros. De su madre, de su hermana y de mi. Pero de golpe y porrazo la vida ahora, le ponía todo delante de nuevo, y de que manera.

No hacía mas de 8 años que se había ido de casa, y ahora no tenía ni madre ni hermana. Y esas noticias, por mucho que hayas querido deshacerte de todo, duelen.

Salimos todos del hospital, sin dirigirnos una palabra. Mi tío Julio habló con la funeraria, y en cuestión de horas mi abuela y mi madre descansaban juntas. Y ahí estábamos. Tía y sobrino, llorando por dos personas que nos hicieron daño pero a la misma vez nos hicieron muy felices.

Cuando todo acabó, le pedí a mi tía, que me llevara a casa de mi abuela. Desde que todo ocurrió, nunca había sido capaz de plantearme algo así. Pero necesitaba recuperar las fuerzas para entender porque yo seguía aquí, luchando por seguir demostrándome quien era realmente.

-¿Y porqué dices que quieres ir Claudia?

-No se, creo que necesito cerrar este capítulo.

-Llamo a Sharon, le consulto y te digo, ¿vale?

Mi tía no daba un paso en falso en algo que tuviera que ver conmigo. Sabía que mi sensibilidad era algo vital y que Sharon en ese momento era sus ojos y sus manos para poder sobrellevar mejor esta circunstancia y no hacer nada que me hiciera daño.

Mi tía había conseguido lo que nadie en todos estos años, pues me conocía, y aunque nunca hizo nada por mi hasta que volví a llegar a su vida, siempre supo como era yo. De hecho fue la única persona que consolaba mis lágrimas cuando llegaba llorando porque me habían dado una paliza. O cuando mi abuela con su borrachera me insultaba llamándome machona. Me defendía con ella cada vez que yo quería ponerme un pantalón en vez de una falda. Me regalaba los juguetes que de verdad me gustaban, y no me decía que tenía que jugar con niñas y no con niños. Era lo mas parecido a lo que yo quería ser, y ella me dejaba serlo.

Terminó la llamada con Sharon, y me contó que después de 2 sesiones mas, podríamos ir a la casa de mi abuela. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, se me saltaron las lágrimas, y asentí con la cabeza.

Mi nueva vida volvía a parecerse bastante a la anterior.

Capítulo 4

Cuarto Capítulo

El medallón

14 años y medio antes.

Las llaves de la casa las tenía Claudia. Se las facilitó a Sharon, mientras con mi atenta mirada, veía como se acercaba a la cerradura y se disponía a abrir la puerta.

-Espera-, dije, - si en algún momento yo me marchó, por favor, haz lo que te pedí.

-Por supuesto-, me respondió Sharon.

Yo llevaba el ramo de flores mas bonito que nunca había visto. Me ayudó a elegirlo Julio, el marido de mi tía, el cual nos acompañó pero nos esperó en el coche. Quería dejarlo allí, en ese mismo lugar donde por última vez vi con vida a la mujer que me alimentaba, que me vestía y que me salvó de una mala vida.

Sharon abrió la cerradura y empujó la puerta. El simple olor de la casa que se movió con la corriente, me hizo derrumbarme y empezar a llorar. Recordé las comidas de mi abuela, el intenso perfume que se ponía cada vez que salía a jugar al bingo con sus amigas. Recordé el día que la perdí, viendo el lugar exacto en el que terminó la tarta que ese día me hizo para celebrar mi cumpleaños. Me rompí y en ese momento pensé que jamás volvería a pegar las piezas.

Pero estos 6 meses de terapia con Sharon me habían ayudado para sobrellevar mejor estos ataques de ansiedad. Le dí la vuelta a la situación, y cambié. Volví a ser fuerte. Volví a recordar que ahora era Iván, y que, yo estaba allí por un motivo.

Primero entró mi tía, luego Sharon y luego yo. Miraba cada esquina y cada centímetro de la casa. Quería llevarme todos los recuerdos y todos las energías que esa casa me transmitió durante el tiempo que viví allí. Pero me dejé llevar mucho por mis ansias de volver a verla y mi imaginación me hizo creer que en cualquier momento saldría de su cuarto alegrándose porque había cobrado y ya podía ir a por su botella de anís al super. Los recuerdos se atropellaban uno a otro, segundo tras segundo, y me empecé a sentir en un pozo cada vez mas hondo. Sin salida.

Sharon se percató de que lo estaba pasando mal y me invitó a darnos prisa. Me dirigí al que era mi cuarto y decididamente abrí el armario que guardaba todo lo que era yo antes de ese día. Cuando mi abuela falleció,

lo único que se sacó mío de esa casa fueron objetos de valor y documentación necesaria. El resto de mis pertenencias estaban ahí sin tocarse, pues la investigación judicial impidió durante mucho tiempo acceder a la casa sin acompañantes policiales, y Sharon le había prohibido terminantemente a mi tía dejarme entrar a la casa.

Pero ese día todo iba a ser muy distinto. Había conseguido empezar una nueva vida, y aunque la partida de mi abuela era muy dolorosa, pude sacar algo en positivo: Toda mi infancia como niña se tenía que quedar ese día en esa casa. Todo lo que tenía que ver con Irene se iba a quedar allí dentro. Y solo habían pasado 6 meses, pero ya sabía que eso era por lo que había pasado todo. O eso me obligué a pensar para no sentirme tan mal.

Me volví a encontrar con los coleteros que ya no usaba. Con las faldas que odiaba y que las niñas de mi clase me recortaban muchas veces para que quedaran mas cortas. Con las princesas y muñecas que nunca usaba y mi abuela se empeñaba en regalarme todas las navidades. Con las fotos de pelo largo y los colores rosa y turquesa que decoraban las paredes y colchas de mi cuarto que nada tenían que ver conmigo.

Al ver todo eso, me dí cuenta que mi falsa nueva vida, aunque solo era un paripé se acercaba mas a lo que siempre había soñado. Así que había que terminar con esa historia lo antes posible. Habíamos traído una caja bastante grande, en ella meteríamos todo lo que yo relacionaba con Irene, con mi antigua vida. Y así lo hice. Ropa, juguetes, fotos, todo lo que no quería, acabo en esa caja que luego nos llevamos y tiramos a la basura.

Pero antes de irme, mientras yo hacía este duro trabajo con Sharon, mi tía Claudia había estado revisando las cosas de valor de la casa, como buscando algo. Hasta que finalmente lo encontré, y una vez yo terminé mi ardua tarea, me pidió que me sentase con ella en el sofá del salón.

-No sabía si seguía estando en la casa. Pero abuela lo guardaba muy bien.

No quería que nadie lo tuviera.

Me enseñó un medallón de oro, el cual tenía pequeñas joyas de diferentes colores en el borde. Se lo había entregado su bisabuela, y según me contaba mi tía, mi madre se lo intentó robar unas cuantas veces para venderlo y fundírselo en el vicio de las drogas.

Estaba valorado en varios miles de euros, y aunque mi abuela se vio tentada a empeñarlo más de una vez cuando falleció su marido, ella prefirió ponerse a trabajar y seguir guardándolo para una verdadera necesidad.

Mi tía me pidió que fuese yo ahora quien lo guardase, que se lo cuidara a la abuela, y que, si alguna vez me hacía falta, lo usase para mi bien. Que no iba a estar en mejores manos que en las mías. Mientras me decía esas palabras vi llorar a mi tía como nunca la había visto. Supongo que el ser la hija responsable, que se marchó un día de su lado para poder tener mejor vida que la que ella podía darle, hizo mella en su persona.

Claudia se levantó del sofá, abrió la puerta de la casa y con una voz casi inaudible me dijo que nos esperaba en el coche. Me guardé el medallón en el bolsillo del chandal, Sharon me ayudó a empaquetar el resto de cosas que quería tirar a la basura y seguidamente le pedí que saliera al rellano, que me despedía y nos íbamos.

Cerré las ventanas y cortinas, eché un último vistazo al salón donde había pasado mi infancia, rescaté la única foto de mi abuela Isabel que quedaba en un marco viejo, la única que a ella le gustaba, me la pegué al pecho, y como si nadie me escuchase, empecé a llorar a moco tendido hasta que en mis ojos no quedaron lágrimas. Sharon, en el rellano, no podía evitar emocionarse escuchando desconsolada como me rompía por dentro. Pero era mi duelo, mi despedida. Necesitaba vivir sola algo así, para poder

despedirme de verdad de ella. Ahora me tocaba demostrarle, que todos sus esfuerzos, por sacar adelante a esta niña que ahora quería ser hombre, iban a servir para algo.

Avancé hasta la puerta secándome la cara, le pedí las llaves a Sharon y di vueltas a la cerradura, queriendo dejar atrás de una vez por todas, la vida pasada.

Adiós abuela. Adiós mamá. Adiós Irene.

Capítulo 5

QUINTO CAPITULO

Iván, el terrible.

13 años y medio antes.

¿Os ha pasado escuchar una canción desde el primer segundo que la oís y que, se os erice hasta el espacio mas pequeño de vuestra piel?

Cada vez que sonaba la banda sonora de Titanic, me pasaba exactamente eso. La he visto unas cuantas veces en mi vida, muchas de ellas con mi abuela. Y hoy, la han vuelto a echar por la tele. Aquí estoy, secándome las lagrimas que me han salido al ver como Rose no dejaba espacio en la

tabla para Jack, y él se hundía. ¡Por supuesto que cabían los dos!.

Si yo fuera Jack, Rose ocuparía mas espacio que yo. Estoy cada vez mas flaco y mi tía aún no me deja apuntarme al gimnasio. Dice que voy a parar mi crecimiento. Como si no fuera un chico de lo mas alto ya con mi "metrosetenta". Lo sé. No he crecido mucho, pero es que si quería empezar el tratamiento de las hormonas masculinas a tiempo, tenía que pagar con esa consecuencia. Mañana hago un año de que empecé con el proceso y tenemos la revisión con Sharon y mi tía Claudia.

Cuándo acabó todo lo de mi madre y mi abuela, para que nuestras navidades fueran menos duras y habiendo ya pasado esas fechas, en Enero de 2005, Claudia y Julio decidieron darme la noticia de si yo lo deseaba, empezáramos todo el proceso de cambio de sexo del cual ellos se harían cargo. Me hicieron el chico transexual mas feliz del mundo. Sharon les había comentado la falta que empezaba a tener de poder realizar el trámite mas importante de cambio de sexo, a parte del cambio de identidad en el DNI, algo que en esa época aún a los menores de edad no se lo permitían.

Ahora, un año mas tarde, mi voz se parecía mas a la de Jack que a la de Rose. Cuando escucho mi voz siento que es mía. Cuando me miro al espejo y empiezo a ver salir vello, no puedo evitar emocionarme y ver que estoy consiguiendo ser yo.

Mis pechos cada vez son mas pequeños, algo que hace que no tenga porque ir encorvando mi postura, casi hasta parecer un jorobado, para disimularlos. Lo que si que tengo que seguir usando son camisetas deportivas para meterme en la piscina.

Que todavía haya personas que se pregunten que nos pasa a los transexuales, que es incomprendible nuestra psicología dicen. ¿acaso no te miras tu todas las mañanas, al espejo, para ayudarte a salir mejor peinado, mas aseado o maquillada a la calle? Y el día que al mirar, no te gusta tanto lo que ves, te aseguro que intentarás hacer algo para cambiarlo. La diferencia es que yo no tengo la solución en un corte de pelo, en una barra de labios, o en ponerme una prenda de ropa que me haga lucir mi tono de piel. Yo necesito sentir que por fuera, soy lo que soy

por dentro, en mi totalidad. Y ahora por fin, lo estoy consiguiendo de verdad.

Las noticias del médico son buenas, mi cuerpo se ha adaptado bien a las hormonas y tratamientos. Me sacan fotos y me ayudan a comprobar el cambio, quedándonos todos alucinando. Mi sonrisa es la mas sincera muestra de agradecimiento. Mi tía y yo nos miramos. Poco a poco, los dos conseguimos todo lo que un día soñamos.

Esa misma tarde, después del médico, quedo con mis amigos. Rober y Lucía son las dos personas fuera de mi familia que me han ayudado a confiar en la gente. Él, hijo único de padres divorciados vive con su madre y tiene una enfermedad rara que ha hecho que haya pasado mas tiempo en hospitales que estudiando. Ella, adoptada por una pareja de casi ancianos, que perdieron a su único hijo en una misión de las Fuerzas Armadas en Irak. Eramos los raros. Mis raros.

Pero los raros habíamos roto los moldes de ese instituto. Eramos de los mejores estudiantes en lo que a notas se refería, por lo que muchas veces los compañeros de clase aunque nos odiaban por ser los distintos, nos pedían ayuda para sus tareas o para exámenes.

Quedé en el parque de siempre con Rober y Lucía a las 8 de la tarde, llegando a tiempo para ver una escena que no entendía. Uno de los chicos conflictivos del instituto, acompañado de varios de sus colegas, estaba empujando a Rober mientras le gritaba exigiéndole una tarea atrasada que necesitaba para mañana.

-¡Lo siento, Marco, te dije que te ayudaría, pero tuve que ir al médico por una de mis crisis! ¡No he tenido tiempo!

-¿Y que haces aquí, quedando con tus amiguitas?. Te vas a casa ahora mismo y terminas mi tarea. ¿Me oyes?

No se si fue por las buenas noticias recibidas en el médico, el subidón del momento, o que le había cogido cariño a Rober en este año, que no iba a

dejar marchar al que había estado amenazando a mi amigo sin decirle nada.

-Y si no te hace la tarea, ¿Qué?

Le grité cuando aún nadie se había dado cuenta de que yo había llegado y me había percatado de toda la situación. Lucía que estuvo presente durante todo el conflicto, me pidió que me callase y dejara que se fuera, que ella ayudaría a Rober con la tarea y así no habría mas problemas. Pero seguí insistiendo.

-Rober, tu no vas a ningún lado, nos quedamos aquí, ¿Vale?

Marco, un tipo alto, como de 1,85cm, pelo rapado, guapo, sus padres eran amigos de la directora, pero era una de las chicos mas desagradables y temidos del centro. Se acercó a mi. Con sus ya 17 años, pues había repetido curso el año anterior, y siendo casi 2 años mas grande que yo, no iba a permitir que delante de sus amigos, yo, le dijera algo así.

-Eres la marimacho, ¿no?. ¿Tu que te crees niñata?. Sé que tu padre falso es guardia civil, y que aquí estas protegida. Pero no eres la única. Conozco como son las guarras como tú. Que lo único que os hace falta es que os follen bien ¿me entiendes?. Así que si solo quieres es que te haga mía, deja de berrear y pídemelo nena.-

Después de haber escuchado durante toda mi vida, como me llamaban bollera, escucharlo una vez mas pero de esa manera tan despreciable, solo hizo despertar a la bestia. Yo ya no era ella. Yo ya no era la nena de nadie. Yo ahora era Iván, y hoy lo tenía aún mas claro.

Como si de mí hubiera salido un monstruo, me abalancé sobre él y empecé a darle puñetazos en su cara sin mediar ni una palabra. Mientras mas recordaba la cara de asco con la que me había dicho todas esas cosas, mas fuerte le daba. Tuvieron que separarme sus amigos. Al

alejarme mis puños estaban llenos de la sangre de todos los golpes que le había propinado, cosa que me hizo volver en mí y darme cuenta de lo que había hecho.

Lo miré, se levantó con la ayuda de sus colegas, y me dijo gritando:

-Acuérdate que esta la vas a pagar, puta bollera. ¡ACUÉRDATE!

Mientras ellos se marchaban gritando que irían a la policía, Rober y Lucía me miraban alucinando por lo que acababa de pasar. Me preguntaban una y otra vez que porqué había hecho eso. No era la primera vez que dejaban una quedada a medias para ir a hacer tarea de otros compañeros de clase.

Mi contesta fue sin pensar:

-¿Sabéis que? No me arrepiento. La última vez que no defendí como debía a alguien que quería, terminó en una tumba.

-Pero ya has visto Iván, te ha amenazado-, dijo Rober -ahora te harán la vida imposible en el instituto-

-Da igual. Ellos ahora saben que nosotros ya no hacemos la tarea a nadie. ¿Vale, chicos?

Me contestaron afirmativamente mis amigos casi con miedo, sabiendo que esta situación se iba a repetir muchas mas veces si yo mantenía mi actitud. Pero ahora no había vuelta atrás. Yo ahora era Iván, y no iba a permitir a nadie que me recordara de malas maneras cual había sido mi pasado.

Capítulo 6

SEXTO CAPÍTULO

El pupitre

ENGENDRO; PUTA BOLLERA; COMECOÑOS; SIDOSA...

Todos esos insultos estaban escritos en mi pupitre, a los tres días de mi incidente con Marco en el parque. No había que ser muy listo para entender quien había sido el causante.

Me llevaron al jefe de estudios, y me preguntaron si tenía idea de quien

podía haber sido. Estuve a punto de comentar todo lo ocurrido, de dejarles claro al jefe de estudios, y a la dirección del centro, que a pesar de las grandes apariencias de centro antibullyng que tenía el instituto, en cada clase habían de uno a tres casos de otros, que como yo, por una causa o por otra, recibían acoso.

Estuve a punto de contar lo que había hecho yo tres días atrás en un parque cerca del centro, para defender a uno de mis amigos, pues estaba siendo acosado fuera de clases por uno de los cobardes que se escondía en la fachada de niño-rico-bien. Estuve a punto de cagarla y de exponerme.

Y es que si Marco, en tres días, no me había denunciado ni había puesto en conocimiento del centro lo que había ocurrido, es que ya había decidido tomarse la justicia por su mano. Y la muestra estaba escrita en mi pupitre. Yo no quería exponerme y por miedo a represalias a mi tío Julio, me callé. Él había movido a contactos dentro del cuerpo para conseguirme plaza allí, y lo menos que quería era causarle problemas.

No dije nada. Ni de los insultos que recibí, ni de las amenazas hacia Rober, ni de que le había roto la cara a Marco para dejar bien claro que no íbamos a seguir siendo sus lacayos.

Lo que yo no me esperaba es que yo no hablara, pero uno de mis amigos sí. Cuando negué saber nada sobre lo ocurrido, hicieron entrar a Lucía, la cual pasó a la sala donde estábamos reunidos, cabizbaja, y casi sin mirarme a los ojos. Sin saber que había metido la pata, lo había hecho hasta el fondo. La habían llamado antes que a mí, porque al saber que ella era mi amiga, pensaban que ella podría saber algo.

Así que ahora era yo el culpable. Según la dirección del centro, había propiciado yo esa situación. Había tomado la mala decisión de arreglar con violencia, algo, que según ellos, con la ayuda del centro se hubiera solucionado. Argumentaron que Marco jamás habló con el centro para contar lo ocurrido por miedo a represalias mías o de mi familia, y añadiendo que su cara estaba llena de heridas recientes, no había nada que pudiera negar esa agresión.

De víctima a verdugo, en cuestión de minutos. Llamaron a Julio y accedió a dejar su puesto de trabajo urgente para ir al centro. Mientras esperaba, y antes de que dejaran irse a Lucía a seguir las clases, ella se sentó a mi lado y me pidió disculpas, pero mi reacción no fue perdonarla en ese

momento. No quería saber nada de ella. Había conseguido meterme en un problema con mi familia por defenderla a ella y a Rober.

Se marchó casi llorando pues no la miré ni a los ojos. Yo solo estaba pensando en que me diría Julio después de haberles fallado a él y a mi tía. Y en mi vida, hasta ahora, cuando fallaba a alguien siempre tenía consecuencias.

Llegó Julio, pasó a mi lado, me miró queriendo tranquilizarme y se reunió con la dirección del centro. Estuvieron en esa sala mas de media hora. Y para mi fue la mas eterna de mi vida.

Esperaba que se abriera esa puerta viendo salir a todos entendiendo que esto fue cosa de adolescentes y que podíamos dejarlo aquí.

Pero nada mas allá de la realidad: Julio salió, se despidió de la directora y del jefe de estudios. Me dió mi maleta de estudiante cargada de libros y problemas de quinceañero y me dijo que

nos podíamos ir, lo que me hizo entender que algo no iba bien. Salimos del centro pasando por el *hall* y las miradas de todos se me clavaron como puñales. Llegando al coche solo deseaba que lo que me contara Julio de camino a casa, fuera menos malo de lo que yo me estaba imaginando.

-Me han enseñado las fotos de lo que le han hecho a tu pupitre-, me dijo muy serio Julio.

-.....- No era capaz de decirle una palabra.

-También me han contado lo que le has hecho a ese chico.

-Yo solo trataba de defender..

-¡CÁLLATE!-, me cortó, - Que sepas que a partir de mañana estas expulsada para siempre del centro. No he podido hacer nada.

No podía creer lo que me estaba diciendo, solo podía pensar que era imposible. Era imposible que la primera vez que yo, llamándome de la manera que me llamase, alzaba un poco la voz, y saliera perdiendo de esta manera. Era imposible que el malo de la historia se saliera con la suya. Una vez más los malos me ganaban. La historia se repetía de nuevo. Sin importar motivos. Sin importar el daño que se había hecho antes. Sin importar nada de lo que yo había tenido que callar durante todo ese año porque un niño pijo, decidió un día levantarse de la cama con ganas de ordenar a los que él tomaba como siervos para que le hicieran la tarea. Que le riéramos las gracias. Y lo hacíamos, pero para no sufrir la vergüenza de ser insultados delante del resto. O para que no nos dieran golpes a escondidas de los profesores, o nos pusieran la pierna para

tropezar y ser objeto de gracia de los otros amigos pijos del presidente del club.

Porque no importó si yo exploté por el acoso sufrido por ser distinto. No importó si yo exploté por haber estado recibiendo insultos toda la vida por esta sociedad que comprende a los idiotas y desoye a los incomprendidos. Porque no importó nada mas que la realidad que siempre importa, que es la que la mayoría cree como correcta. Y en esa mayoría, todavía no estoy yo. Y siendo como soy, me iba dando cuenta que no iba a estarlo nunca.

Llegábamos a casa y sin haber mediado una palabra mas, Julio aparcó el coche en la entrada y antes de bajarnos me pidió que fuese directo a mi cuarto. Él se lo contaría todo a mi tía Claudia, y ya decidiría ella cuando hablar conmigo.

Pasaron horas, hasta que llamaban a mi puerta. De la tensión que había vivido durante el día me había quedado dormido y no me había dado ni cuenta. Claudia entró a mi cuarto, con la cara desencajada, como si hubiera estado llorando durante mucho rato. Se sentó en la orilla de mi cama.

-Hola cariño- Me dijo casi sin voz.

-Hola tía-

-La madre de Marco es la mejor amiga de la directora del colegio.-Casi no podía ni mirarme a los ojos, algo que nunca había ocurrido- Si no te expulsaban, te iban a denunciar, y por tu situación siendo yo tu tutora, investigarían tu caso y quizás, hubieras podido ir a un centro tutelado. Ese maldito niño tiene suerte...

Mi tía Claudia, me contó con detalles toda la reunión que tuvo Julio en el centro: Aunque aún no estaban informados, sospechaban de algo así por las lesiones de Marco en su cara. No esperaban que fuera yo, pero como las ideas del centro son bastante clásicas y no comparten tanto el movimiento LGTBI+, al enterarse por Lucía vieron bien que para evitar represalias, aceptáramos el trato de abandonar el centro para no denunciarme.

Una vez mas, había alguien que jugaba a su antojo con mi sexualidad, con mi derecho a decidir quien soy, para ponerme a mi, y además a mi entorno, entre la espada y la pared. Como si mi cambio de sexo fuese una debilidad frente al resto de los que estábamos en ese centro. Como si tuviese menos valor yo que alguien que se dedica a menospreciar a los

que somos diferentes.

-Cariño, ahora mas que nunca necesito que no vuelvas a repetir nada de esto. - Me dijo mi tía - Aunque no te hayan denunciado, lo que ha pasado queda como un expediente abierto, y esto puede hacer que ahora nos sea mas difícil encontrarte un centro donde matricularte.

-Pero es que yo solo lo hice para defenderme, Claudia. Tu me conoces. Nunca he pegado a nadie. Nunca me he enfrentado a nadie. Pero vi como ese imbécil quería aprovecharse de mi amigo y no lo pude evitar.

-Bueno, tranquilo, ya ha pasado. Por cierto, ha llamado Rober a casa. Cuando te encuentres mejor deberías devolverle la llamada. Se le notaba preocupado.

Mi tía se iba de mi cuarto casi sin despedirse, con la cara igual de desenchajada. Algo pasaba y quise saber que podía ser.

-Claudia, ¿Estás bien?- Me preocupé en preguntarle.

-Ya hablaremos cariño. Necesito descansar.-

-Buenas noches. Te quiero tía.-

-Y yo, Iván.-

Capítulo 7

SÉPTIMO CAPÍTULO

La charla

-Oye Irene, ¿Sabes una cosa?

-Abuela, ya sabes que no me gusta que me llames así.

-Perdona cielo, aún no me acostumbro.

-Pues mira que te lo he puesto fácil, la primera letra es la misma.

-Iván...¿Eso es Juan en ruso, no?

-Si abuela, pero lo elegí por otro motivo.

-Bueno tu y tus cosas de niña loca.

-iiiAbuelaaaa!!! NI-ÑO, NI-ÑO

-Perdona de verdad Iván, es que se me olvida. Es todo tan reciente.

-Eso, iiy la borrachera que llevas encima!!

-Mi amor, quiero contarte una cosa.

¿Sabes que una vez, mucho antes de que tu abuelo se muriese, yo estuve con otro hombre?

-iQUEEE!! !Bah no te veo capaz! Y si fuera así, no se que haces contándomelo. Además, déjate de darme la chapa y vete a la cama anda que ya es tarde y no me dejas ver la película, como haces siempre.

-¿Bueno que pasa?¿Que solo tu puedes contar tus secretos?

-¿Has estado bebiendo mucho verdad? Porque sino no entiendo que ahora me vengas con estas cosas...

-Era un hombre alto, guapo, con los ojos negros y la mirada mas penetrante que nunca había visto. Cubano pero de sangre española. Lo

conocí una noche en el bingo con mis amigas. Se presentó, se llamaba Teo, me invitó a una copa, y nos pegamos casi todo el resto de la noche hablando de nuestras alocadas vidas. Él había llegado a Madrid para solucionar un problema con la herencia de su padre, así que cuando solventara todo se marcharía de vuelta a su país y no lo volvería a ver más. Me pidió vernos de nuevo alguno de los días antes de volver a irse y yo..

-Abuela, ¿en serio esto ahora?. Me estás contando una historia en la que engañaste a abuelo por si no te das cuenta..

-A lo mejor te piensas que para poder aguantar al bestia de tu abuelo, yo no intentaba resarcirme haciendo otra vida fuera de esta casa...

-Ese hombre, la última noche antes de irse, me dió una de las veladas mas especiales que nunca me ha dado una persona. Me invitó a cenar, dimos un paseo por el parque, y de camino a casa, me entregó una carta, la cual leería a escondidas de tu abuelo, días mas tarde. Y después de leerla, me hizo comprender muchísimo porque él apareció en mi vida. Me hizo darme cuenta de tantas cosas..

-¿Como que?¿Que mi abuelo no te quería?

-iNo digas eso!.. Pues me hizo ver que no somos lo que mostramos. Que no somos lo que nos hacen. Que no somos lo que nos enseñan. Siempre, nos digan lo que nos digan, seremos el reflejo o el impulso de lo que queramos mostrar al resto. Siempre tenemos la posibilidad absoluta de ser lo que nosotros queramos.

-Que bonito eso abuela, ¿Y que decía en esa carta?

-Vete al último cajón de mi mesita y debajo de una caja de madera, coge un sobre y traémelo.

-¿En serio?¿Ahora?

-iQUE VAYAS!

-Iván, lo que hay escrito aquí, me llegó en el momento perfecto de mi vida. Me enseñó el camino para liberarme de tantas ataduras que yo

misma me había puesto en la vida, que me hizo darme cuenta de lo jodidamente mal que aprovechamos el tiempo. Pero sobretodo, de lo jodidamente mal que entendemos la vida. Tu ahora mismo, estás pasando por uno de los momentos mas trascendentales de tu vida. Te estás conociendo a ti mismo, y te estás encontrando. No sé que pensarás en esa cabeza de chorlito que tienes pegada sobre los hombros, pero se que esto que está aquí te hará falta, tarde o temprano.

-Joder abuela que pareciera que estuvieras descubriéndome la salvación de todos mis males.

-Hazme caso Iván, quiero que la tengas, y que la leas. Pero no ahora. Y no porque tengas 12 años ni porque no estés preparado. Evidentemente no es la salvación a nada. Pero a mi me vino en el peor momento de mi vida, y me sirvió.

-Vale, ¿Entonces cuando quieres que la lea?

-Eso decídelo tú, pero solo te pido que sea cuando de verdad te haga falta.

-Vale gracias abuela... Oye, abuela, una pregunta. ¿Pero entonces... te tiraste al cubano o no?

-A ti te lo voy a contar..

Me desperté de golpe, sudando, con lágrimas en los ojos y como si hubieran pasado ya todas las horas de la noche; Cuando miré al reloj que tenía en la mesilla solo marcaba las dos y cuarto de la mañana. Era el segundo sueño que tenía con ella desde que la perdí, recordándome con pelos y señales los resquicios de una conversación que tuvimos solo unos meses atrás antes de que ocurriese todo. Normalmente después de un día

como el de ayer, me suele pasar que o sueño con ella o con mi padre. Imagino que relaciono todo lo que sea conflicto con el que mas daño me ha hecho hasta la fecha.

Sobre la carta, que deciros. ¿Que si la tengo? Por supuesto. Pero no soy capaz de abrir y leer algo que se que a ella la cambió. No soy capaz de entender tantas cosas de su vida, pues según me llegó a decir en unas cuantas ocasiones mas, esa carta, solo le confirmó lo que ella ya pensaba, pero nunca supo ver.

A mi abuela mi abuelo la maltrató. Y no fueron pocas las veces, que sin poder hacer nada, yo escuchaba de pequeño como el descargaba con ella todo lo que en mi casa ocurría. Pero en esa época, ni mi madre ni ninguno de mis tíos se preocupaba por ella. Realmente casi nunca se preocuparon por ella.

Mi abuelo trabajaba de camionero. Podía pasarse días, semanas fuera de casa. Solo sabían de él cuando se dignaba a llamar, primero desde cabinas telefónicas, y ya luego, con el paso de los años, de alguno de los móviles que la empresa le daba para poder estar comunicado con la casa. Y mi casa se mantenía del dinero de mi abuelo, gracias a el comimos muchos años, pero la que cuidaba a sus 5 hijos mientras tanto era ella. Y a mí. A su nieta Irene.

Para él, yo jamás pude ser Iván. Cuando mi abuelo falleció de cáncer, yo tenia 9 años. Edad suficiente para que ya se me notaran mis desaires a todo lo femenino. Rechazaba muñecas y le robaba los coches a los niños de mi clase para jugar. Y eso a él no le gustaba. Lo peor de la ignorancia en la mayoría de las personas que pensaban como mi abuelo, es que no saben a quien "culpar". Y él, en este caso culpaba a mi abuela por no prestarme la atención suficiente para que no hiciera esas cosas de marimacho. Porque según él, yo tenía que ser una señorita. Y mi abuela enseñarme a serlo.

Y ella, en vez de hacerle caso, cuando volvía a irse a trabajar, me apuntaba a fútbol, o me ponía pantalón de chándal para salir a la calle.

Eso sí, después de que mi tía Claudia le apretara las tuercas para que no se dejara llevar por los pensamientos de su marido machista, y me dejara ser feliz a mi, siendo un niño o una niña, lo que yo eligiera.

Por eso y muchas cosas más, mi abuela se metía en broncas con mi abuelo, que bien podían ser de horas de gritos, o de minutos de golpes. Lo que hiciera falta para que él tuviera la razón.

El resto de la historia no creo que haga falta dar detalles. En todas las casas, en todas las familias, todos hemos tenido un caso. Todos hemos sabido o escuchado de algún cobarde. Algún poco hombre que se ha dedicado toda su vida a usar a las mujeres a su antojo. Que ha entendido, que a pesar de estar casado con su señora y de tener hijos, si pone los cuernos no es menos hombre, al revés. Todos hemos conocido a algún falso valiente que se agarra a su creencia de ser superior al otro sexo para decidir cual hora es la buena para salir o entrar o para elegir que ropa es la mejor para ponerse su pareja. Todos hemos conocido al chulo de turno que prefiere romper la cara de su mujer que perder su orgullo de hombre.

Y todos hemos deseado que eso acabase lo antes posible. De la manera que sea, pero todos hemos querido que la persona que sufre, vuelva a ser libre. Cuando conoces esa historia deseas que acabe lo antes posible. Y mi abuela pudo serlo, a un alto precio. Pero pudo ser libre.

Hoy en día creo que puedo ir adivinando cada vez mas lo que mi abuela leyó en esa carta. Puedo ir entendiendo de cuantas cosas se liberó al saberse comprendida, por un hombre, que no entendía la vida como los demás.

Hoy en día cada vez más, creo que me acerco al momento en que más me merezco leer esa carta. Porque yo también llevo mucho tiempo atrapado, y obligado a sentirme como los demás me dicen que me debo sentir. Porque pocas personas han sabido entenderme. Y porque yo también quiero ser libre.

Capítulo 8

Octavo Capítulo

Huir

*"El futuro
se vistió
con el traje nuevo
del emperador.
Quien iba a decir
que sin carbón,
no hay reyes magos.*

*Aún quedan
vicios por perfeccionar
en los días raros.
Nos despertaremos
en la intimidad
con la punta del zapato."*

Los días raros – Vetusta Morla

Claudia había pillado cita con Sharon para las 12 de la mañana, y llegábamos con retraso. Un Lunes con mas tráfico de lo habitual en el centro. Nublado, casi lloviendo, con sueño y sin haber desayunado;

Me estaba adaptando muy mal a la circunstancia de estar sin estudiar durante las 2 últimas semanas. Además, estar a punto de acabarse el curso me complicaba conseguir matrícula para un mes y ahora, Julio estaba negociando con el antiguo centro para que me dieran las calificaciones y así, no haber perdido el curso. Total, ellos no querían volverme a ver allí, y si para eso tenían que darme un puño de aprobados, por una cantidad de dinero, lo harían discretamente. Es lo que tiene los colegios privados. Que los padres también son clientes.

Mi tía conducía en silencio. Silencio el cual nos había acompañado la mayor parte del tiempo desde que me expulsaron. Algo que me mataba cada vez más, sobretodo porque me hacía sentirme aún mas responsable de todos los problemas que ocurrían en mi vida. Pero sabía que ese silencio escondía algo, algo que iba mas allá de mi expulsión, algo como cuando mi abuela callaba cada vez que tenía que ir a recoger a mi madre al hospital y lo hacía en secreto para que mi abuelo no se enterara. Solo que en esa circunstancia yo era el cómplice, y sentía que esta vez era yo a quien le ocultaban algo.

Hoy tocaba consulta de revisión con Sharon. Desde que mi abuela se fué, había estando yendo cada semana, o incluso cuando estaba muy mal, mi tía me llevaba dos o tres veces en semana. Pero ahora, ya estabilizado gracias a las medicinas y al paso del tiempo, habíamos bajado a 2 visitas al mes.

Al verme, Sharon siempre se alegraba muchísimo. Era alguien añorable, bajita, con el pelo rubio por los hombros, olía a flores, llevaba gafas de pasta y siempre una sonrisa en su boca. Vestía con colores vivos, alegres, quizás por eso cada vez que la veía sentía que se me reseteaba la mente y empezaba la terapia con ganas.

Pero ese día, solo el detalle de no verla sonreír, casi ni mirarme a los ojos, y apurarse a recibirnos me hizo extrañarme. Luego recordé que llegábamos tarde y lo entendí, pues ella odiaba la impuntualidad.

-Iván, ¿Te puedo hoy pedir un favor?- Me preguntó Sharon una vez nos había saludado.

-Dime-, le contesté.

-Bueno el favor va dirigido en realidad para tu tía, ¿Dejarías que pase hoy con nosotros a la terapia?

Era la primera vez desde que conocía a Sharon, que me pedía que pasara con alguien a la terapia, pues ella sabía que ese era uno de los pocos espacios y momentos privados que me quedaban. Pero claro, mi tía, mi tutora, la encargada de pagar mis terapias, estaba pidiendo paso, y yo no podía decirle que no. Además, después de lo ocurrido seguramente que solo querría llamarme la atención conjuntamente con Sharon, y ambas acordarían algún tipo de castigo.

-Claro que sí. Si es ella no hay ningún problema- dije esbozando una sonrisa.

-Pasemos entonces.

Me senté en el diván, Sharon le cedió el asiento que siempre usaba a mi tía quedándose ella de pie apoyada en su escritorio, y empezó a preguntarme que tal había estado este tiempo mientras ambas me huían la mirada. Yo hice el amago de empezar a hablar de lo que había ocurrido con Marco y mis amigos, el verdadero motivo de la expulsión y a defenderme con los argumentos que había estado usando hasta ahora. Llevaba ya unos 10 minutos hablando, cuando me dí cuenta que Sharon no reaccionaba igual que otras veces al contarle mis problemas.

Le busqué la mirada mientras seguía hablando, y al percatarme de que ambas esperaban que terminara con algo de impaciencia, paré de golpe. Se hizo el silencio, las dos me miraron, y le pregunté a Claudia:

-¿Porque has querido entrar tía? ¿Habéis decidido algún castigo? Decídmelo ya, lo aceptaré y me haré responsable de mis actos.

Se hizo el silencio, y después de unos segundos sin hablar, Sharon tomó la palabra.

-Verás Iván. Tu tía me llamó hace 1 mes, contándome una serie de problemas que estaban a punto de surgirle, y quería alguien con quién poder desahogarse y poder encontrar apoyo. -Explicaba Sharon mientras yo escuchaba casi sin tragar saliva. -Cuando ocurrió lo del instituto, ya Claudia se había visto superada por la circunstancia y ha tenido que tomar una decisión sobre algo muy importante, que te incumbe a tí. Me ha pedido ayuda para poder contártelo y por eso estamos aquí.

-¿Ha sido por mi culpa verdad? ¿Que és? ¿Que ocurre? Si te han denunciado yo estoy dispuesto a pedir perdón tía. Delante de un juez, lo que sea..

-No, Iván, estate tranquilo. -Dijo Sharon, mientras mi tía no levantaba la cabeza del suelo.- Lo que ocurre es algo que te incumbe a ti pero no por nada que tu hayas hecho. Son solo cosas que ocurren y que ahora te vamos a explicar, pero estate tranquilo ¿Vale?.

-¿Que pasa Sharon?

-Verás. El trabajo que hace tu tía como arquitecta es uno de los mas valorados en este país, y cuando hacemos nuestro trabajo bien, en algunos casos, se vé recompensado. Y la recompensa que ha tenido ella, es que una empresa extranjera se ha fijado en sus trabajos y quiere contratar sus servicios.

-¿De verdad, tía? Pero eso es una buena noticia, porque esas caras. Si tenemos que irnos del país, no me importará, siempre que tu te vengas con nosotros Sharon. - Expresé con un casi salto del diván.

Se hizo un silencio después de mi comentario burlón, el cual dije para quitar hierro al asunto. Eso me hacía entender que algo más ocurría.

-Escúchame Iván, - dijo mi tía, cortando ese incómodo momento. -Lo que Sharon intenta decirte, es que, el trabajo que me han ofrecido es bastante lejos de aquí. Me han dado una semana para tomar la decisión, y después de 6 años de trabajo duro es algo que no puedo rechazar.

-Vale tía, no tengo ningún problema en irme con ustedes. De verdad que no...

-Iván, el trabajo es en California, Estados Unidos.

-¿Y que pasa con eso?- Pregunté, empezando a ponerme nervioso.

-Que no puedes venir conmigo, Iván, eso pasa.-Dijo mi tía casi elevando la voz y con los ojos rojos de aguantar las lágrimas- He hablado con los servicios sociales, y debido a los últimos incidentes, a que solo soy tu tutora legal desde hace menos de un año, y que en Estados Unidos todos estos temas son muchos más delicados, no me dejan sacarte del país.

-Pero....No entiendo...Y entonces...¿Julio se quedará aquí conmigo?

-Verás Iván- volvió a hablar Sharon, con su tono de voz tranquilizador. - Entiendo que ahora tengas montón de preguntas que hacer pero, déjanos que te expliquemos todo, y no saques conclusiones..

-¿Que pasaría conmigo?

-Hemos estado hablando con Julio, tu tía y yo. Y tenemos que contarte algo más.

-Joder, ¿algo más? ¿Pero cuanto tiempo os habéis callado tantas cosas? ¿Es que no soy lo suficientemente adulto para que contéis lo que ocurre en mi vida? - Grité ya demostrando que estaba bastante alterado por tanta tensión.

-Tienes que tranquilizarte Iván, sino tu tía y yo no podremos seguir contándote...

Me calmé, bebí agua del vaso que siempre Sharon me preparaba antes de entrar a la terapia, y del cual nunca había bebido hasta ese día. Sharon

hizo un gesto a Claudia, como para asegurarse de que quería hacerlo. A la confirmación de mi tía, Sharon habló;

-Tu tía Claudia y Julio, a raíz de problemas de pareja que han tenido han pasado una mala época. Claudia me ha dicho que quizás has estado notando mal ambiente en casa e incomodidad.

-Si, pero pensé que sería por mi culpa, por lo que pasó.

-No, nada de esto es culpa tuya, Iván.

-¿Nada de que, Sharon?

-Iván,-interrumpió mi tía-, Julio y yo nos vamos a divorciar.

- ¿QUÉ?

-Quiero que estés tranquilo y que pienses que no tiene nada que ver contigo...

-¿Desde cuando sabes eso?

-Iván eso son cosas de pareja y..

-¿Porque no me habías dicho nada? ¿Te piensas que sigo siendo un niño? ¿Te crees que si me lo decías me afectaría y no sabrías consolarme? ¿Ahora que piensas hacer? ¿Te vas del país porque lo dejas con Julio, verdad? ¿Ese es el verdadero motivo verdad? QUE VAS A VOLVER A HUIR, COMO HUISTE DE CASA DE ABUELA DEJÁNDOLA SOLA HASTA QUE ABUELO LA MATÓ.

En ese mismo instante, mi tía se levantó de su asiento se acercó y me dió una cachetada que Sharon no pudo evitar, aún previniendo que algo así podría ocurrir.

-Pensé que sería mas fácil. ¿Vale?. Pero los problemas que teníamos Julio y yo vienen de mucho antes de que yo me hiciese tu tutora Iván. Y que yo hiciera eso, fue algo con lo que el no estuvo de acuerdo nunca. Y a pesar de eso me ayudó. Te preparó la habitación que teníamos vacía para ti. Te dio comida, ropa, un teléfono, y me ayudó a pagar estas consultas con Sharon. ¿O te crees que mi sueldo de arquitecta en España da para tanto gasto? Te buscó un colegio, del cual tu solita, te sacaste...

Y sin dejarla terminar, casi sin poder ver, porque las lágrimas me tapaban la mirada, reaccioné como nunca había hecho y me fuí. Me marché de la consulta corriendo, mientras ella y Sharon gritaban apabulladas, aún sin creerse supongo, lo que estaba haciendo. Bajé las escaleras evitando el ascensor. Saltaba los escalones de 3 en 3 mientras iba pensando que sería de mí a partir de ese momento. Abrí el portal del edificio, atravesé la calle, y sin saber exactamente a donde iba, fui más libre que nunca. Corrí casi chocándome con la marabunda de Madrid a la una de la tarde. Atravesé parques, pasos de peatones en rojo, puentes y explanadas. Hasta que paré.

Me detuve en un banco de un pequeño parque vacío, mojado por las lluvias de la mañana y ahora también por mis lágrimas que no habían parado de caer. Mi móvil no paraba de sonar. Lo agarré y, viendo la llamada de mi tía, corté y lo apagué. Ahora necesitaba huir yo.

Capítulo 9

NOVENO CAPÍTULO

25 personas

He llegado hasta este banco, de este parque en este barrio para mi desconocido y no se de que manera lo he hecho. Llevo mas de 6 horas fuera de la consulta, sin haber desayunado, ni almorzado, y la verdad que empiezo a sentirme mal. Solo llevo un euro en el bolsillo. Mi móvil está a punto de apagarse, y mi tía, Julio y Sharon no han parado de llamarme en toda la tarde.

Veo un coche de policía haciendo guardia por las calles, empieza a atardecer y en breve será de noche. Necesito comer, quitarme la ropa, darme una ducha e intentar dormir un par de horas.

Hasta ahora la persona que sin darme cuenta mas había conseguido mi atención y mi respeto era, incluso haciéndome creer se podía confiar en la gente, era Sharon. Se había convertido en algo mas que mi terapeuta. Ella, hacía muchos años, trató a mi tía por medio de su padre, y consiguió asimilar para luego recordar de otra manera todo lo ocurrido en casa de mi abuela. Y al Claudia revivir fantasmas del pasado, Sharon tuvo que volver a su vida, aunque esta vez para ayudarme mas a mí.

He llegado a compartir con ella una tarde de compras, un cine, la invité a pasar con nosotros mi día de cumpleaños e incluso fue la que me ayudó a

recoger mis cosas en casa de mi abuela. Definitivamente, Sharon era algo más que mi terapeuta. Así que si la llamo ahora seguro que ella me ayuda en esta ocasión sin delatarme. Le doy un toque a su teléfono y me devuelve la llamada ipsofacto:

-Iván, ¿eres tu?

-Sí, hola Sharon.

-¿Dónde estás cariño? ¿Están todos muy preocupados?

-Pues ese es el problema Sharon, que no lo sé

-Si me indicas donde estás podríamos ir a buscarte y hablamos todo con calma.

-No, Sharon. No quiero ver a nadie. Solo a ti..

-Pero nene, yo no puedo hacer, compréndeme, tu tía..

-No te preocupes Sharon, gracias de todas maneras.

Se que no debería haber cortado esta llamada, pero, es que estoy harto de que todos me digan como tengo que gestionar mis problemas. Estoy harto de que todos me digan como debo ser y cuando es el momento idóneo para todo. Ahora es el único momento en años que he sentido la libertad de poder elegir algo para mi vida que de verdad me haga sentirme como yo quiero. Vaya ironía, ¿verdad?. Yo, un chico transexual, en pleno proceso de hormonas y cambio de sexo, que ha podido elegir realizar ese cambio, y que se llama de otra manera, y que viste de otra manera a como antes le habían impuesto, sintiéndose atrapado.

Pues sí. No todas las cadenas son siempre físicas. No siempre las trampas de la vida están a golpe de cambios que se vean al resto. A veces las limitaciones están en tu parte más íntima. En aquella que te repite constantemente que cuando más estabas disfrutando de volver a ser tu, te ocurre algo que vuelve a poner tu vida patas arriba, y tu como siempre, quedas a expensas de lo que alguien decida que es mejor para ti.

Y lo peor de todo, es que aquí, sentado en este banco, viendo la vida y a la gente pasar, la única cosa clara que obtengo es que no soy capaz de hacer nada, sin nadie. Que aunque quisiera partir muy lejos de aquí, lo único que conseguiría con mi cara de híbrido entre hombre y mujer cuando deje de tomarme las hormonas que no puedo pagar, es que se siguieran burlando de mi y me dieran de lado en todos lados por ser el apestado. No obtendría nada. Como hasta ahora. Pues lo obtenido en este último año a base de pensar que todo pasa, parece estar a punto de volatilizarse y yo no se que puedo hacer para evitarlo. Total. Solo soy un pequeño proyecto de hombre.

Estoy imaginándome la cara de Sharon mientras me sigue llamando una y otra vez desde que le colgué el teléfono. Esa bendita mujer ha llorado mientras yo le contaba como mi abuela recibía un día una paliza mientras yo merendaba viendo los dibujos y era consciente de absolutamente todo. No podía dejarla sin saber mas nada de mi:

Miro la pantalla. Es Sharon. Responder o Colgar..

-Prométeme que vendrás tu sola..Sharon no me falles. - contesté después de varias llamadas.

-Iván, por dios, pensé que no me volverías a responder..

-¿Vendrás sola?

-Hecho, ¿donde estás?

-No se que barrio es, pero estoy sentado en un banco que justo enfrente, hay un bar. Se llama Su Eminencia.

-Vale, sé donde es. Dame 10 minutos...

He estado mirando atentamente las últimas 25 personas que pasaron delante del banco donde espero a Sharon. Nadie era exactamente llamativo o llevaba o hacía algo con lo que pudiera atraer la atención del resto. Excepto uno: Pantalones de cuero negro ceñidos hasta los tobillos, ojos maquillados de negro, pelo rojo y uñas pintadas. Y según lo he visto a él, he asimilado que las risas del grupo de amigos que estaba a unos 20 metros de mí, provenían de ver a esta persona y burlarse de no ir como el

resto.

Al ver esta escena pienso: ¿Y si la vida real y la forma que tenemos los humanos no está tan lejos de la ficción? Días atrás ví una película que se llamaba La Invasión la cual protagoniza Nicole Kidman. En esa película la historia se basa en que una raza alienígena invade el planeta, metiéndose en el cuerpo de los humanos y, a modo de parásito, adopta su forma y sus mentes para ir conquistando uno a uno a todos los habitantes. Y aquellos que no son infectados aún, son identificados por el resto debido al nerviosismo que demuestran, la rapidez en su forma de desplazarse, el sudor, etc. En definitiva, por mostrar sus emociones y ser como en realidad son. Y a estos se les persigue hasta darles caza y convertirlos en lo mismo que todos los demás.

¿Te he hecho pensar? Pues imagínate ser uno de esos. Imagínate ser al que persiguen por vestir de otra manera. Por tener una forma peculiar de hablar. Por mostrar desinterés hacia lo que todos admiran, y demostrar en público tus gustos "extraños". Imagínate ser tú y que, por ser tú, te jodan la vida hasta que tu mismo decidas acabar con esa pesadilla, o finalmente te unas al enemigo y acabes siendo uno mas de ellos. Ahora deja de imaginar. No es ninguna película. Es mi vida, y la de muchísimos mas que como yo, tenemos que estar de esta guisa. Sentados en un banco, tapando mi cara para no ser observado como un bicho raro y esperando cual será el siguiente palo que me llevo.